

Que el amor es tan ligero  
 Cual la amistad que mancilla  
 Porque brilla  
 Solo á la luz del dinero;  
 Y no ve cuando se lanza  
 Loco tras de su creencia,  
 Que son *la fé y la esperanza*  
 Mentiras de la existencia.

1868.

## LA RAMERA.

A mi querido amigo Manuel Roa.

Humanidad pigmea,  
 Tú que proclamas la verdad y el Cristo.  
 Mintiendo caridad en cada idea:  
 Tú que, de orgullo el corazón beodo,  
 Por mirar á la altura  
 Te olvidas de que marchas sobre lodo:  
 Tú que diciendo *hermano*,  
 Escupes al gitano y al mendigo  
 Porque son un mendigo y un gitano;  
 Allí está esa mujer que gime y sufre  
 Con el dolor inmenso con que gimen  
 Los que cruzan sin fé por la existencia;  
 Escúpela también . . . ! anda . . . ! ¡no importa  
 Que tú hayas sido quien la hundió en el crimen,  
 Que tú hayas sido quien mató su creencia!

¡Pobre mujer, que abandonada y sola  
 Sobre el oscuro y negro precipicio,  
 En lugar de una mano que las salve  
 Siente una mano que la impele al vicio;

Y que al fijar en su redor los ojos  
Y á través de las sombras que la ocultan,  
No encuentra mas que seres que la miran  
Y que burlando su dolor la insultan . . . .!

Y ántes era una flor . . . . una azucena  
Rica de galas y de esencias rica,  
Llena de aromas y de encantos llena;  
Era una flor hermosa,  
Que envidiaban las aves y las flores,  
Y tan bella y tan pura,  
Como es pura la nieve dei armiño,  
Como es pura la flor de los amores,  
Y como es puro el corazon del niño.

Las brisas le brindaban con sus besos,  
Y con sus tibias perlas el rocío,  
Y el bosque con sus álamos espesos,  
Y con su arena y su corriente el río;  
Y amada por las sombras en la noche,  
Y amada por la luz en la mañana,  
Vegetaba magnífica y lozana  
Tendiendo al aire su purpúreo broche;  
Pero una vez el soplo del invierno  
En su furia maldita,  
Pasó sobre ella y la arrancó sus hojas,  
Pasó sobre ella y la dejó marchita;  
Y al contemplar sin galas

Su cáliz antes de perfumes lleno,  
La arrebató implacable entre sus alas  
Y fué á hundirla *cadáver* en el cieno.

Filosofo mentido . . . .!  
Apostol miserable de una idea  
Que tu cerebro vil no ha comprendido!  
Tú que la ves que gime y que solloza,  
Y burlas su sollozo y su gemido . . . .  
¿Qué hiciste de aquel ángel  
Que amoroso y sonriente  
Formó de tu niñez el dulce encanto?  
¿Qué hiciste de aquel ángel de otros días,  
Que lloraba contigo si llorabas,  
Y gozaba contigo si reías . . . .?  
¿Te acuerdas . . . .! Lo arrancaste de la nube  
Donde flotaba vaporoso y bello,  
Y arrojándole al hambre,  
Sin ver su angustia ni su amor siquiera,  
Le convertiste de camelia en lodo:  
Le trasformaste de ángel en ramera!

¡Maldito tú que pasas  
Junto á las frescas rosas,  
Y que sus galas sin piedad les quitas!  
¡Maldito tú que sin piedad las hieres,  
Y luego las insultas por marchitas!  
¡Pobre mujer . . . .! ¡juguete miserable

De su verdugo mismo . . . !  
 Víctima condenada  
 A vegetar sumida en un abismo  
 Mas negro que el abismo de la nada,  
 Y á no escuchar mas eco en sus dolores,  
 Que el eco de la horrible carcajada  
 Con que el hombre le paga sus amores.

¡Pobre mujer, á la que el hombre niega  
 El sublimè derecho  
 De llamar hijo á su *hijo!*  
 ¡Pobre mujer, que de rubor se cubre  
 Cuando le escucha que la grita *madre!*  
 Y que quiere besarle, y se detiene,  
 Y que quiere besarle, y calla y gime,  
 Porque sabe que un beso de sus besos  
 Se convierte en borron donde io imprime!

Deja ya de llorar, pobre criatura,  
 Que si del mundo en la escabrosa senda  
 Caminas entre fango y amargura,  
 Sin encontrar un ser que te comprenda,  
 En el cielo los ángeles te miran,  
 Te compadecen, te aman,  
 Y lloran con el llanto lastimero  
 Que tus ojos bellísimos derraman.

¡Y que te burle el hombre y que se rial  
 ¡Y que te llame harapo y te desprecie!

Déjale tú reir, y que te insulte,  
 Que ya llegará el día,  
 En que la gota cristalina y pura  
 Se desprenda del lodo  
 Para elevarse nube hasta la altura.

Y entonces en lugar de un anatema,  
 En lugar de un desprecio,  
 Escucharás al Cristo del Calvario,  
 Que añadiendo tu pena  
 A tus lágrimas tristes en abono,  
 Te dirá como ha tiempo á Magdalena:  
*Levántate mujer, yo te perdono.*

1869.

## EL HOMBRE . . .

AL SEÑOR DON IGNACIO M. ALTAMIRANO.

HOMENAJE.

.....Oú va l'homme sur terre?

V. HUGO.

Allá va . . . . como un átomo perdido  
Que se alza, que se mece,  
Que luce y que despues desvanecido  
Se pierde entre lo negro y desaparece.  
Allá va . . . . en su mirada  
Quién sabe que fulgura de profundo,  
De grande y de terrible . . . .  
Allá va, sin destino y vagabundo,  
Tocando con su frente lo invisible,  
Con sus plantas el mundo . . . .  
¿De dónde vino . . . .?

Preguntadlo al cáos  
Que dió forma á los seres  
De su potente voz al "levantáos;"  
Decídselo á la nada,  
Que ella tal vez, sabrá cuál fué la cuna  
De ese arcangel vestido con harapos

A que llamamos hombre;  
Que ella, tal vez, sabrá de dónde vino  
Ese titan pigmeo  
Tan grande y tan mezquino.  
¿Del lodo? puede ser; pero su frente  
Está demasiado alta para el lodo,  
¿Del cielo? puede ser; pero la tumba  
Donde concluye todo,  
No dista de sus plantas mas que un paso,  
Y si fuera del cielo, debería  
Ya que tiene un ocaso,  
Tener tambien su oriente como el dia.  
Aborto incomprendible de la nada  
Que lo lanzó, destello de su abismo,  
Esperad, esperad á que las sombras  
Entre sus negros pliegues os cobijen,  
Que allí, tal vez, escrito entre esos pliegues  
Encontrareis su origen . . . .  
Esperad el momento en que se os abra  
Negro y aterrador ante los ojos,  
Ese libro de sangre donde labra  
La triste muerte en caractéres rojos  
De sus calladas víctimas el nombre.  
Y allí vereis, acaso, la palabra  
Que os ayude á saber quien es el hombre.

\*

Y entre tanto . . . allá vá . . .  
 solo . . . en el mundo  
 Que tiembla con su peso de gusano  
 Y que al mirarle se estremece y duda;  
 Sobre la tierra inmensa,  
 Que le siente su rey y le saluda,  
 Que le siente su dios y que le inciensa.  
 Allá vá . . . . . soberano cuya frente  
 Circunda por diadema el infinito,  
 Monarca cuyo trono omnipotente  
 Es el trono de mármol y granito  
 Tallado por los buitres en la roca;  
 Y que marcha, y que marcha dominando  
 Lo mismo en lo que ve y en lo que toca,  
 Desnudo y mendigando  
 Un pedazo de pan para su boca.

\*

Polluelo de ese cóndor de lo oscuro  
 Que se llama el misterio,  
 Y que sin alas y sin luz se lanza  
 Por el supremo espacio de la idea  
 En pos de una esperanza . . .  
 Polluelo que adormido entre la noche  
 Sueña ver una estrella,

Y enamorado de ella, y atrevido,  
 Se escapa de su nido  
 Creyéndose capaz de ir hasta ella,  
 Quién sabe anoche eu su delirio blando  
 Qué luz ó qué ilusion distinguiría,  
 En medio de esas nubes caprichosas  
 Que pueblan, al soñar, la fantasía;  
 Quién sabe lo que en su alma  
 Durante la embriaguez germinaria;  
 Pero capullo que despierta rosa  
 Con los halagos de la brisa amante,  
 El, creciendo de formas en el sueño,  
 Durmió pequeño y despertó gigante.  
 Y "El Universo es mio"  
 Clamó al sentirse poderoso y fuerte,  
 Y agitando su cráneo en el vacío,  
 Sin escuchar la ruda carcajada  
 Que como eco á su voz daba la muerte,  
 "Adelante!"—se dijo—¡El mundo es poco  
 Para encerrar mi espíritu . . . hasta el cielo!  
 Y sin mirar siquiera por donde iba,  
 Se lanzó despeñado como un loco,  
 Con la mirada arriba . . . siempre arriba.

\*

Sonámbulo que duerme y deja el lecho  
 Al supremo mandato

De yo no sé que voz grande y divina  
 Que alzándose en su pecho  
 Le sorprende y le grita poderosa;  
 "¡Levántate y camina . . . !"  
 Pisando aquí una espina y una rosa,  
 Y mas allá una rosa y una espina,  
 El hombre con un cielo de esperanzas  
 Germinando en monton en su cerebro,  
 Sigue á tientas y á oscuras por la senda  
 Desde ántes á sus pasos señalada,  
 Soñando . . . y en los ojos una venda  
 Que con sus pliegues lóbregos y espesos  
 Le impide que comprenda  
 Su marcha entre sepulcros y entre huesos.

\*

Y allá vá . . . . pobre niño que aun suspira  
 Como en los dulces tiempos de la infancia!  
 Mas dejadle seguir, y será el hombre  
 Que haga nacer la vida del osario;  
 El apostol sin nombre,  
 Que dios admire y que al mortal asombre  
 Lo mismo en el Tabor que en el Calvario.  
 Dejadle caminar, dejad que siga  
 El vuelo de su génio por los mares,  
 Y mañana ese niño  
 Será el anciano pálido y fecundo,

Que moderno criador haga que brote  
 Del seno de las olas otro mundo.

\*

Allá vá . . . . con un tronco por apoyo  
 Y un giron miserable por abrigo,  
 Valiente y ambicioso y soberano,  
 Bajo su mismo harapo de gitano  
 Y su corteza sucia de mendigo.  
 ¿Que busca? ni aun él sabe  
 Lo que busca en su loco devaneo . . . .  
 Ni aun él acierta á definir ese algo  
 Que le hace encontrar siempre su deseo;  
 Pero titan del sueño que en la sombra  
 Forja un espacio y á escalarlo sube,  
 El, miéntras pisa en el inmundo cieno.  
 Se duerme con el pié sobre una nube.

\*

Soñar . . . . esa es la vida, ese es el puente  
 Que entre la cuna y el sepulcro media,  
 El papel miserable del viviente  
 De la existencia vil en la comedia;  
 Soñar un cielo en que revueltos vagan  
 Hermosos y magníficos vapores,  
 La esperanza, la dicha,

La gloria y el placer y los amores.  
 ¡Ondinas que se tienden por el aire  
 Al despuntar la vida, allá á lo lejos,  
 Y que con ella crecen y con ella  
 Mueren entre los últimos reflejos!

\*

Y, hermoso cisne que en el limpio lago  
 Agitando las olas con su pluma,  
 Ve brotar de su juego al dulce halago  
 Mil copos blancos de rizada espuma,  
 Y arroja un canto dolorido y vago  
 Al mirarlos perderse entre la bruma;  
 El hombre en su trizteza,  
 Al ver rodar sus blancas ilusiones,  
 Sin colores, sin luz y sin belleza,  
 De la noche que empieza  
 Por yo no sé qué lóbregas regiones;  
 Suspirando y en lágrimas deshecho  
 Ante la triste realidad que asoma,  
 Arranca un ¡ay! terrible de su pecho,  
 Y luego al dar un paso se desploma.

\*

Atleta del dolor, de nuevo emprende  
 La lucha formidable  
 Con ese gladiador de las tinieblas  
 Que se llama el destino;

Y cantando y sonriendo  
 Para insultar la palpitante pena  
 Que le destroza el corazón mezquino;  
 Lanza un grito feroz y entra á la lucha . . . .  
 Pero vencido al fin rueda, en la arena.  
 Que su alma es poca y su amargura es mucha.

\*

Y entonces . . . . cuando hambriento de placeres  
 Soñándolos su presa,  
 Se mira débil y abatido y solo  
 Sobre el oscuro borde de la huesa,  
 Recuerda al dios á quien por darle culto  
 El se fingiera omnipotente y bueno;  
 Pero al sentir dentro del alma oculto  
 Del pesar y el dolor todo el veneno,  
 En su miseria misma  
 Lo ve pequeño, pobre,  
 Y cogiendo del cieno en que se arrastra  
 Miserable reptil con su congoja,  
 Burlándose de su ídolo, á la frente  
 Como un supremo insulto se lo arroja.

\*

Después . . . . el aire de la muerte zumba  
 Con su bramar inquieto



## EN LA APOTEOSIS

DEL ACTOR

### MERCEDES MORALES.

---

.... ¡Mentira el *mas allá!* ¡Mentira el alma  
Que el retroceso impuro  
Hace nacer llenando lo futuro,  
Del triste cementerio entre la calma!  
¡Engaño esa creacion que el fanatismo  
Hace brotar del último lamento  
Que nos lleva al abismo!  
¡Mentira ese *ad terrorem* que el convento  
Lanza á la humanidad mezquina y necia  
Que, oyendo á la razon y al pensamiento,  
No abarca esa mentira y la desprecia!  
El hombre es solo el hombre,  
Pobre criatura de miseria y lodo,  
Que sueña, que delira, y que en la fosa  
Mira rodar con su existencia todo;  
Pobre sér que termina la jornada  
Con el eco de su último latido,  
Para volver en sombra convertido

A su punto de origen *á la nada.*  
Es un astro misterio que atraviesa  
La curva de la vida, y se derrumba  
Al concluir la carrera de ese cielo  
Que en el Oriente de la cuna empieza  
Y acaba en el Ocaso de la tumba;  
Molécula que oculta entre la gasa  
De la noche, sin ruta y sin destino,  
Como una exhalacion flébil y escasa,  
Nace, se mecé y pasa  
Sin dejar una huella en su camino;  
Y que á veces llegándose valiente  
Hasta el sol de la gloria,  
Se enciende en él y vuela,  
Pero dejando entonces, donde acaba,  
El gérmen de otra luz sobre su estela.  
Luz-inmortalidad con que deliran  
El sábio y el artista y el guerrero,  
En medio á esos extasis soberanos  
Que son la hora suprema  
En que el génio prepara con sus manos,  
Para ceñir sus frentes la diadema;  
Hora en que el hombre alcanza,  
Por el zodiaco de la fé y del arte,  
Llegar hasta el zenit de su esperanza,  
Para robarle el rayo que algun día  
Sobre su pobre lápida mortuoria,  
Caiga á encender, sublime de poesia,

La antorcha fulgurante de la gloria,  
 Luz-inmortalidad con que soñaban  
 Sonriendo de placer en su delirio,  
 El mártir-libertad en el cadalso  
 Y el espectro-conciencia en el martirio;  
 Fulgor que en la conquista  
 Del saber y el talento, se levanta  
 Descorriendo grandioso ante la vista,  
 El soñado horizonte de una tierra  
 Donde bendita y mágica se encierra  
 La tierra prometida del artista;  
 Esplendor auroral que era el ensueño  
 Consolador y grato en su pobreza  
 Del actor inspirado,  
 Que aun ayer se encontraba circundado  
 Con la aureola del génio en la cabeza;  
 Del audaz fingidor que ayer hacia  
 Sollozar ó reír bajo este techo,  
 Y que hoy, cadáver, duerme  
 De un pedazo de tierra sobre el lecho.  
 Gayó . . . sobre su tumba  
 Gime el arte, y la patria inconsolada  
 Con sus hermosos besos maternos  
 Deposita una lágrima adorada,  
 En tanto que la fama que abandona  
 De la muerte en los antros funerarios  
 Al despojo . . . y al hombre,  
 Vuela augusta á escribir en sus santuarios

Las letras de su nombre.

. . . . .  
 Muerto, reposa en paz! y si en la fiebre  
 De tu ambicion y tu querer fecundo  
 Soñaste con un mundo mas risueño  
 Que este pequeño y miserable mundo;  
 Si astro que cruza la extension vacía  
 Soñaste con dejar escrito en ella  
 Algo como la luz que en tí vivía  
 Para hacerte inmortal con esa huella,  
 Tu sueño está cumplido . . . tus cenizas  
 Ya no son mas que escoria;  
 Pero el azul radioso de ta patria  
 Cuenta otra luz, la luz de tu memoria.  
 Los hombres como tú, jamas perecen  
 Al tocar los umbrales  
 De la oscura region de lo ignorado;  
 Los hombres como tú, mueren y crecen  
 Con la figura inmensa de granito  
 Que de pié y magestuosa se levanta  
 De entre el polvo impalpable que la planta  
 Envuelve al resbalar en lo infinito.  
 Para tí no hay sepulcro, que el reflejo  
 De tu luz poderosa  
 Te basta en la caida,  
 Para seguir viviendo en otra vida,  
 No en la estrechez de tu escondida fosa . . .  
 Tú como el astro hermoso de la aurora

Que rueda en el ocaso,  
Dejando como huella de su paso  
La luna brilladora,  
Caiste en el abismo,  
Nítido sol del mexicano cielo;  
Pero dejando al terminar el vuelo,  
La luna de tí mismo.

Sacerdote titánico del arte,  
Envuélvete sonriendo en la mortaja  
Que te arropa en la huesa . . . .  
Envuélvete inmortal bajo la losa  
Donde tu cuerpo mísero reposa  
Y se alza el pedestal de tu grandeza.  
¡Adios, muerto sublime!  
¡Sublime y noble atleta del proscenio!  
Descansa en paz mientras tu patria gime  
Sobre el recuerdo que tu gloria abona,  
Y mientras teje en su santuario el génio,  
Para rodear tu nombre una corona.

1870.

## OCAMPO

“Allá . . . !” se dijo, y extendiendo al aire  
Las gigantescas plumas,  
Con la mirada fija en los fulgores  
Que á través de las brumas  
Conducen en su vuelo á los condores,  
Subió asentando la atrevida garra  
Sobre la cumbre inmensa,  
Donde el mundo genésico concluye  
Y se levanta el mundo del que piensa;  
Sobre la blanca cima de esa roca  
Cuyas piedras de mármol y granito  
Se alzan, entre lo azul de lo infinito,  
De pedestal sublime al que las toca;  
Allí donde se encienden los tabores  
Con su grandiosa y santa refulgencia,  
Al resonar del cántico que entona  
Como un grito de alarma la conciencia.

\*

Subió, llegó, y al extender los ojos,  
Sobre la turba de hombres  
Que germinaba de sus piés debajo,